

La alternativa a la salvación

Mas el que no creyere, será condenado (Marcos 16.16).

DESPUÉS de que Jesús resucitó de entre los muertos, pasó otros cuarenta días en la tierra antes de ascender a la mano derecha del Padre en el cielo. Durante este tiempo, apareció once veces a varias personas, incluso a una asamblea grande donde había unas quinientas personas (1 Corintios 15.6). En una de estas ocasiones, Él vino a los once apóstoles “y a los que estaban con ellos” mientras estaban sentados a comer detrás de puertas cerradas tarde en el primer día de la semana (Lucas 24.33–43; Marcos 16.14; Juan 20.19–23). Fue en esta ocasión que Él les dio la gran comisión registrada por Marcos:

Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado. Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado (Marcos 16.14–16).

La comisión que Jesús dio en esta ocasión incluyó las condiciones de la salvación para los perdidos. “Toda criatura” fue obligada a oír y creer el mensaje del evangelio y ser bautizada para ser salva. Pero también anunció la terrible alternativa a la salvación: “mas el que no creyere, será condenado”.

Se ha puesto mucho énfasis en la predicación sobre este pasaje de Escritura en tiempos pasados, en la necesidad de la predicación a toda la creación, y en las condiciones de la salvación dichas por el Señor, o sea el oír y el creer el evangelio y el ser bautizado. Pero también es muy importante que todos nosotros comprendamos la terrible alternativa a la salvación ofrecida por el Señor: la condenación a causa de la incredulidad. Jesús enseñó en Juan 3.19 que los incrédulos ya están bajo una condición de condenación, pero en la declaración que hizo en Marcos 16.16, Él muestra que la condenación cae más severamente sobre los que oyen el evangelio, pero que no lo creen. La condenación cae sobre ellos ahora y, eventualmente, caerá sobre ellos por la eternidad. El único escape de esta condenación ahora y después es que el incrédulo se convierta a Cristo.

La incredulidad en la revelación de Dios ha sido la causa de la caída de muchos a través de los siglos. Fue el pecado característico de los israelitas en el desierto:

¿Quiénes fueron los que, habiendo oído, le provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto por mano de Moisés? ¿Y con quiénes estuvo él disgustado cuarenta años? ¿No fue con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que desobedecieron? Y vemos que no pudieron

entrar a causa de incredulidad (Hebreos 3.16-19).

Observe por favor las palabras *pecaron* y *desobedecieron*. Nos dicen por qué Dios se enojó con Israel. Y ambas palabras, *pecaron* y *desobedecieron*, están incluidas bajo el término *incredulidad*.

La incredulidad amenaza a cualquier generación. Es tantas veces “el pecado que nos asedia” (Hebreos 12.1). Las varias maneras en que la incredulidad se nos manifiesta indican que es el pecado característico de este siglo, porque la tremenda mezcla de transgresiones en la vida de la gente son causadas por la incredulidad.

I. LAS FORMAS DE LA INCREDULIDAD

La incredulidad lleva muchos disfraces. Hay ateístas, escépticos, secularistas, racionalistas, liberales, etc. Pero a pesar de cómo se llamen, todos tienen una característica en común: la incredulidad.

El modernismo religioso es un término muy conocido que se usa para describir a muchos incrédulos hoy día. El “modernismo” es simplemente el desarrollo del antiguo racionalismo alemán, que se originó en Alemania durante el siglo diecinueve, eventualmente cruzó el Canal de la Mancha a Inglaterra, y de allí llegó a América. El modernismo es un sistema de creencia que eleva el razonamiento o experiencia humanos como la norma, más bien que la Biblia. La mayoría de los exponentes de este sistema que se dicen creer en Dios y en el cristianismo, de veras sólo creen en parte. En eso quiero decir que aceptan sólo esas partes de la Biblia que no tienen conflicto con sus ideas “modernas”. Pretenden creer sólo lo que les sea razonable. El nacimiento virgen de Jesús no es razonable para ellos, así es que lo rechazan. La resurrección de Jesús de entre los muertos no es razonable para ellos, así es que la rechazan. Los milagros de la Biblia no son razonables para ellos, así es que los rechazan todos. Tratan de dar una explicación racionalista de los milagros de Jesús. Los modernistas niegan la autenticidad y la credulidad de la mayor parte de la Biblia. Rehusan aceptar la inspiración de las Escrituras, y en palabra y en acción, rechazan la autoridad de la palabra de Dios. Una característica del modernismo religioso es su pretensión a la erudición bíblica superior. Muchos eruditos excelentes entre mis hermanos les han preguntado, “¿Qué tienen ustedes que realza su conocimiento de asuntos bíblicos que no tenemos nosotros?”. La verdad es que tenemos acceso a los mismos

materiales que tienen relación a la Biblia que ellos. Los modernistas aceptan las pretensiones pulidas de la así llamada “Crítica Superior”, que sencillamente es un término pretencioso que describe a incrédulos cuyo diseño parece ser la destrucción de la fe en las Escrituras. Estos así llamados modernistas sólo tienen una explicación racionalista de la misión de Jesús al mundo. Rechazan las doctrinas del cielo, del infierno, y de la expiación sacrificial de Jesús en la cruz del Calvario. Algunos de ellos aún rechazan el hecho de que Jesús fue una persona verdadera que vivió y murió y que tiene un lugar verdadero en la historia.

Muchas formas de incredulidad, especialmente el modernismo religioso, se han ligado cuerpo y alma con la teoría de la evolución, incluso la evolución teística. Su “cristianismo” es un concepto que sólo se trata de la vida actual en esta tierra. No abarca la vida después de la muerte. Su concepto del cielo es hacer la vida en esta tierra feliz y gozable por medio de la eliminación de enfermedades, de dolor y sufrimiento, de guerras, del hambre, etc. Su concepto del infierno son las terribles condiciones que el hombre crea en la tierra con su codicia, con sus guerras, etc. Esta forma peculiar de la infidelidad se disfraza bajo la apariencia del cristianismo. Por eso, es una de las formas de incredulidad las más perniciosas y peligrosas del mundo.

Otra forma de incredulidad que la mayoría de sus adherentes negarían vehementemente es la incredulidad misma. Ésta es la actitud vista en muchos grupos religiosos hoy día en cuanto a la autoridad de la palabra de Dios.

El Nuevo Testamento enseña, por ejemplo, que “hay un cuerpo”, pero los que tienen la forma de incredulidad de que hablo contradicen eso, afirmando que hay muchos cuerpos. Dicen que un cuerpo es tan bueno como el otro, y que la gente simplemente debe escoger el que le guste mejor y asociarse con ello.

Pablo dijo que hay “una fe”, pero la gente, la cual tiene la forma de incredulidad que estoy describiendo, afirman que hay muchas fes, y que uno puede “seguir la fe de su selección”. Esta actitud se ve en aquéllos que afirman, “No importa en cuál forma cree la persona, siempre y cuando sea honesta y sincera, porque todos vamos al mismo lugar y simplemente estamos tomando diferentes caminos para llegar allí”. Rechazan la declaración de Jesús, “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14.6). Jesús también dijo:

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan (Mateo 7.13-14).

La forma de incredulidad de que hablo es el rechazo total de la base de la unidad que el Espíritu Santo le reveló a Pablo en Efesios 4.4-6:

Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos.

II. EL SIGNIFICADO DE LA INCREULIDAD

Los verdaderos creyentes en Jesús son los que han sido convencidos por medio del poder del evangelio que Él verdaderamente es el ungido de Dios, el cual los profetas predijeron vendría como el Salvador y Libertador. El mensaje del evangelio presenta a Jesús como el Hijo de Dios, y así, lo identifica con la deidad. La evidencia que Jesús de veras es el Mesías, el ungido de Dios y el Salvador, que pagó el precio supremo por nuestra redención, se presenta en ningún otro lugar excepto en el mensaje del evangelio. Pablo escribió:

Además os declaro, hermanos, el evangelio que os he predicado, el cual también recibisteis, en el cual también perseveráis; por el cual asimismo, si retenéis la palabra que os he predicado, sois salvos, si no creísteis en vano. Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras (1 Corintios 15.1-3).

Por ejemplo, cuando la gente cargada de pecados en el día de Pentecostés oyó el evangelio, “fueron compungidos de corazón” y clamaron, preguntando qué debían hacer. El mensaje que oyeron era el poder que produjo convicción en su corazón que Jesús era el Cristo, y que ellos lo habían crucificado. Pablo les dijo a los Romanos que la fe viene al oír la palabra de Dios (Romanos 10.17). Juan también escribió que su registro del evangelio fue escrito para producir la fe en Jesús como el Cristo, el Hijo de Dios, y que los creyentes tengan vida en su nombre (Juan 20.30-31).

Pero considere el grado de creencia que resulta en la salvación. Es más que la sola convicción de que Jesús es el Hijo de Dios ungido para ser el Salvador del mundo; incluye la fe confidente en Él, y la confianza que Él va a cumplir con cada promesa. Un elemento esencial de la fe que salva es la confianza implícita en Jesús como Salvador y Señor.

Donde la confianza falta, la fe está muerta, porque “es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardónador de los que le buscan” (Hebreos 11.6). Sin esta fe confidente en Cristo como Señor, no hay motivación verdadera para dedicar nuestra vida a Él. (Véanse Filipenses 2.9-11; Hechos 2.36; Romanos 14.8-9). La sola convicción que Jesús es el Cristo, el hijo de Dios, no es suficiente. Tenemos que creer en Él lo suficientemente fuerte para confiar en Él y entregar nuestra vida a Él en obediencia a su voluntad. Jesús dijo, “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7.21). Observe otra vez, “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Hebreos 5.8-9).

Los creyentes compungidos de corazón en el día de Pentecostés no fueron salvados hasta que su creencia en Jesús fuera demostrada en la obediencia confidente. Cuando Pedro contestó su exclamación angustiada, “Varones hermanos, ¿qué haremos?” al decirles que se arrepintieran y que se bautizaran por la remisión de pecados, Lucas registra, “Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas” (Hechos 2.41).

III. EL DESTINO DEL INCRÉDULO

Una de las características más destacadas de esta generación es la falta de miedo de la condenación. Aún los que se dicen ser ministros se rebelan contra la idea del castigo eterno. Un ministro, que parece ser representativo de muchos, declaró su desacuerdo con la doctrina del eterno castigo de los malos, diciendo que un Dios amoroso no podría hacer tal cosa. Aunque Dios ha hablado claramente sobre este asunto, este así llamado ministro presumió hablar por Dios en una manera que contradujo lo que Dios ha revelado. Los incrédulos como éste muestran su incredulidad de lo que Jesús enseñó, al rechazar sus advertencias y los de sus apóstoles sobre el castigo eterno.

La certidumbre de un juicio final e irrevocable, y los horrores de la perdición eterna para los incrédulos, se demuestra en numerosos pasajes de la relevación, inspirada por el Espíritu, de la voluntad de Cristo:

Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve

sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna (Mateo 25.41–46).

Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras: vida eterna a los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, pero ira y enojo a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia; tribulación y angustia sobre todo ser humano que hace lo malo, el judío primeramente, y también el griego, pero gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno, al judío primeramente y también al griego; porque no hay acepción de personas para con Dios (Romanos 2.5–11).

Pero tú ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo.

Porque escrito está:

Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla,

Y toda lengua confesará a Dios.

De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí (Romanos 14.10–12).

Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros) (2 Tesalonicenses 1.6–10).

Pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos (2 Pedro 3.7).

Como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos, habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno... De éstos también profetizó Enoc,

séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él (Judas 1.7, 14–15).

Los lamentos lastimosos de los que clamen por misericordia en el día del juicio no valdrán nada. Jesús dijo:

Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad (Mateo 7.22–23).

¡Lo que los incrédulos quieran después de la muerte será radicalmente diferente de lo que querían antes de la muerte! Una cosa clara se enseña en la palabra de Dios: El estado del condenado no se puede cambiar después de la muerte. Añadiendo al patetismo es el hecho que el que vive en el pecado y en la incredulidad casi ciertamente influenciará a otros a perderse. El relato del hombre rico y Lázaro en Lucas 16 ilustra la tragedia de vivir en tal manera como para influenciar a otros a perderse, y de la imposibilidad de escapar de la región de los condenados después de la muerte.

CONCLUSIÓN

Uno de los privilegios más grandes del mundo es oír el evangelio de Jesús y aprender del amor y de la misericordia de Dios dados al mundo a través de su hijo. El aprender del mensaje del evangelio en cuanto a nuestra terrible condición como transgresores, y de lo que Cristo hizo para reconciliarnos con Dios por medio de su muerte en la cruz, es lo mismo como si alguien le ofreciera a Ud. el más grande y rico de todos los tesoros. La salvación del pecado y la ciudadanía en el reino del Señor son de veras la perla preciosa. Pero el rechazo de “la palabra de su gracia” por no creer lleva consigo la más terrible consecuencia —la condenación. “El que no creyere, será condenado”.

Basado en lo que mis ojos han visto y lo que mis oídos han oído, temo que muchos que han tenido el privilegio de oír “el evangelio de la gracia de Dios” y pretenden creer, la verdad es que no creen. El grado minúsculo de fe que ellos tienen es el equivalente de no tener fe en absoluto, porque es totalmente estéril y está muerta. Santiago dijo:

Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma... ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?... Porque como el

cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta (Santiago 2.17, 20, 26).

Nadie puede ser justificado por una fe que esté muerta. La fe que vale es la fe que obra por el amor (Gálatas 5.6). El tipo de obras de que habla Santiago al igual que Pablo en estos versículos es el tipo que nace de la fe.

El destino del incrédulo es una condenación final, irrevocable, y eterna:

Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda (Apocalipsis 21.8).

Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no

se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego (Apocalipsis 20.14–15).

Pero “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza; sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3.9). Él “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2.4). Dios continúa a ofrecer su maravillosa gracia y merced a todos. Aún los incrédulos pueden convertirse a Cristo y así escapar la condenación del juez venidero. La salvación es disponible para todos. Su salvación es gratuita, pero tenemos que confiar y obedecer para recibirla.

“¡Gracias a Dios por su don inefable!” (2 Corintios 9.15). ■

©Copyright 1999, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados